

A las ocho de la mañana, hora que se había fijado hacer el primer lanzamiento, caminó hasta la mesa del comedor, disfrutó el temblor de su mano tomando el dado, bañada en sudor, la pieza de madera abandonó los dedos de Julián para rebotar un par de veces en la mesa. La respiración se detuvo en toda la casa. La figura para aquel primer día era el ojo.

No pudo dejar de sonreír mientras se vestía. Antes de salir, acomodó el hombrecito de miga de pan sobre el primer casillero del almanaque, lunes 3 de agosto.



En el ascensor sintió la tentación de mirarse en el espejo, pero decidió que era una buena forma de comenzar si esquivaba su propia mirada, ya que aquel que lo desafiaba detrás del vidrio no era, todavía, de su agrado.

Caminó las seis cuerdas hasta la oficina, observando al enjambre de desconocidos que se cruzaron en su camino con el indulto que les prodigaba aquel anonimato. Al entrar al edificio de la empresa de seguros, saludó cálidamente a Luis, el portero, por quien sentía un moderado afecto.